

Necrológica

LUIS PERICOT GARCIA

* 1899 - † 1978

El maestro ha muerto. La noticia me llega mientras recorro una vez más los abrigos rupestres levantinos, me llega en unas tierras en las que el maestro dejó honda huella de su paso y en donde en alguna pequeña aldea incluso se fijó su nombre sobre la piedra, como respuesta agradecida al que había paseado el nombre de la tierra por todo el mundo.

El maestro ha muerto, y yo que fui su discípulo fuera de las aulas, que fui su alumno por entre las tierras y cuevas valencianas, que aprendí la prehistoria en la práctica diaria de la excavación, en las noches sosegadas de la acampada junto al yacimiento, siento de pronto que me he quedado solo, pues ya no tendré jamás ni la palabra de aliento, ni la corrección o crítica afectuosa, ni la sonrisa llena de humor payés del viejo maestro. Ya sólo me queda el doloroso recuerdo y el consuelo de reanimar en mi interior la figura del ya desaparecido.

Nació Pericot de padre catalán y madre andaluza, hecho que le confirió una personalidad rica y compleja, ya que al «seny» catalán unió el sentido de la alegre gravedad andaluza. En Gerona inicia bien pronto su periplo intelectual en la Escuela de Dalmau Carles, pero será más tarde, en el Instituto, donde encontrará a su primer maestro, D. Rafael Ballester, gran historiador, del que siempre se considerará como discípulo, el cual le orienta y ayuda en sus incipientes aficiones a las humanidades y a la historia. En 1914 inicia sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, en donde se licenció con Premio Extraordinario en 1918. Un nuevo encuentro orientará definitivamente a Pericot hacia la investigación prehistórica. Fue el entonces joven profesor, D. Pedro Bosch Gimpera, quien acogió a Pericot, e integrándolo en su grupo, la futura escuela de arqueólogos catalanes, le hizo tomar parte en los trabajos de excavación, laboratorio y seminario, que se llevaba a cabo en el Servicio de Excavaciones del Institut d'Estudis Catalans, colaboración que sólo quedaría interrumpida durante los tiempos posteriores a nuestra guerra civil, aunque la gran amistad que les unía sólo desapareció, hace pocos años, con la muerte del universal profesor catalán en su destierro voluntario. Más tarde, en 1918, hizo su curso de

doctorado en Madrid, presentando su tesis doctoral sobre el megalitismo catalán en 1923. Pronto fue Catedrático de la Universidad de Santiago de Compostela (1925), de donde pasó a la de Valencia (1927) y de ésta a la de Barcelona (1933), en donde se jubiló (1969).

Luis Pericot fue hombre que se distinguió no sólo como maestro, sino también como investigador, desarrollando una gran actividad científica, puesta de manifiesto en una importante serie de publicaciones (libros, artículos, notas, recensiones, traducciones, etc.) y en un buen número de conferencias, en las que expuso los múltiples y variados problemas y aspectos que ofrece el estudio del hombre prehistórico.

Como maestro y desde su cátedra consiguió reunir bajo su inspiración a un buen número de discípulos (San Valero, Fletcher, Maluquer, Tarradell, Palol, Arribas, Ripoll, etc.) que siguieron sus enseñanzas y aficiones y que hoy se hallan al frente de Cátedras universitarias, dirigiendo museos y centros de investigación.

Sus primeros trabajos de investigación se centraron en la cultura megalítica catalana, trabajando además en la llamada cultura de las cuevas. Su paso por Galicia significó un acercamiento a la cultura castreña del Noroeste peninsular con sus trabajos en el castro de Troña. Pero fue en Valencia, en donde encontró el nuevo camino que le abriría las puertas de la estima internacional ya que allí encontró la acogida cordial del patriarca de la Prehistoria valenciana, D. Isidro Ballester Tormo, figura cuyos méritos no han sido todavía bien apreciados, entonces Director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación provincial valenciana. Aquí tuvo la oportunidad de realizar trabajos de excavación en la cueva del Parpalló (Gandía), conocida desde hacía años como uno de los yacimientos prehistóricos más prometedores, excavaciones que serían el punto de partida de una serie de esfuerzos, continuados tenazmente, en pos de un mejor conocimiento del Paleolítico superior español, que hasta aquel momento solamente se había investigado con cierta intensidad en las provincias vasco-cantábricas. Se ha tratado de desprestigiar aquellos trabajos que, con todas las imperfecciones propias de todas las excavaciones de los años veinte, siguen siendo un hito en el camino de nuestra investigación, ya que la publicación de los materiales del Parpalló fue decisiva, pues con ellos fue posible romper los viejos

moldes en los que se había desarrollado la que podríamos llamar Prehistoria de los Abates (Obermaier y Breuil) y señaló el camino para nuevas orientaciones. Problemas como el polimorfismo tipológico del Solutrense —y con ello la posibilidad de la existencia de varios focos originarios—, o la diversidad de facies del Magdalense ibérico respecto del francés, son aspectos que necesariamente han provocado múltiples reacciones que han puesto en duda la validez de la secuencia de Breuil, para las áreas paleolíticas exteriores al territorio francés. Años más tarde las excavaciones de Les Mallaetes (Pericot y Jordá), de la Cueva de Ambrosio (Ripoll) y de la del Volcán (Pericot y Aparicio) vendrían a confirmar la importancia del Paleolítico superior del área mediterránea ibérica, que desarrolló con cierta independencia una secuencia cultural paralela, aunque distinta de la cántabro-dordoñesa, que pondría de relieve las falacias de una investigación reducida a una tipología formal, basada exclusivamente en materiales del área francesa. Pero Luis Pericot, que había planteado la nueva estrategia de nuestra investigación, no quiso ser el adelantado y prefirió quedarse simplemente en el inspirador. Los que hemos convivido con él en sus aficiones, nunca lo hemos visto romper de una vez con los moldes del pasado.

Quizás su «seny» catalán ampurdanés le hacía demasiado precavido, quizás el apego al conservadurismo a ultranza de su viejo maestro Bosch Gimpera, no le permitió romper definitivamente con los viejos conceptos de nuestra prehistoria. Y así, aún reconociendo la personalidad del solutrense ibérico, seguía un tanto reacio a admitir que fuera otro su origen que el africano. También su aceptación del origen paleolítico del arte rupestre levantino, con la carga de la complicación cronológica, era más bien un tributo rendido a la amistad con su viejo maestro. Es posible que de haber continuado en Valencia su conservadurismo se hubiera aminorado, pero su larga permanencia en Barcelona, y sobre todo, su vida viajera (congresos, conferencias, comités, simposios, etc.) que le permitió un amplio conocimiento de la prehistoria mundial, no le proporcionó el suficiente reposo intelectual que le hubiese permitido la reelaboración de sus puntos de vista. Estas consideraciones no son un reproche, ni siquiera una crítica, sino simplemente un comentario, como los que acostumbraba yo a ex-

ponerle en los largos atardeceres del verano valenciano, mirando al mar desde el «observatorio» de Les Mallaetes, cuando el maestro con su aquiescencia me invitaba a plantearle mis puntos de vista. «¡Pot esser! ¡Pot esser!» era siempre la fase final con que terminaban sus objeciones a mis excesivamente nuevos puntos de vista.

Sería inútil tratar de seguir exponiendo sus grandes virtudes en la investigación, así como sus tendencias conservadoras, en fin todo aquello que constituía su personalidad y que le valió gran número de distinciones académicas, además de convertirle en una especie de embajador volante de nuestra Prehistoria, ya que asistió a numerosos Congresos Nacionales e Internacionales de Prehistoria y Protohistoria, de Arqueología, de Americanistas, Panafricanos de Prehistoria, de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, etc., siendo nombrado Profesor «honoris causa» de la Universidad de Toulouse, al tiempo que numerosas sociedades (Prehistoric Society of London, Hispanic Society of New York, Deutsches Archäologisches Institut de Berlín, Societé Préhistorique Française, etc.). La Real Academia de la Historia lo acogió como miembro de número, al igual que la de Buenas Letras de Barcelona. Fue Vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Presidente del Patronato «Saavedra Fajardo» de dicho Consejo. Podríamos seguir con la larga serie de distinciones académicas que fueron jalonando su larga vida científica y académica, que son patente testimonio de la vida de un hombre que se entregó en cuerpo y alma a la Prehistoria española.

Pero el viejo maestro ha muerto y solamente nos queda ya su recuerdo y su obra. El primero es posible que se vaya debilitando entre las nuevas generaciones, quedando quizás estas y otras líneas semejantes como testimonio de su paso entre nosotros. Pero su obra quedará. Pasarán los años y nuevos estudiosos tendrán que recurrir a los trabajos del maestro desaparecido, bucearán en ellos y obtendrán sin duda nuevas enseñanzas.

Que estas líneas sirvan para avivar y perpetuar su recuerdo y también para consuelo de sus familiares y de cuantos directa o indirectamente fueron sus discípulos.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ